

PASCAL QUIGNARD

*La lección de música*



5.<sup>a</sup> EDICIÓN

«Una pequeña joya, en una excelente traducción» (Rafael Conte - *El País*)





## LA LECCIÓN DE MÚSICA



PASCAL QUIGNARD

# LA LECCIÓN DE MÚSICA

TRADUCCIÓN DE ASCENSIÓN CUESTA



Primera edición: septiembre de 2005

Quinta edición: abril de 2022

*Esta obra ha sido negociada a través de  
AMV Agencia Literaria*

© Hachette, 1987

© de la traducción: Ascensión Cuesta, 1988 / 2005

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2005

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-934532-1-3

Dep. Legal: M-9544-2012

Motivo de la cubierta: Jan Vermeer, *La lección de música*.  
The Royal Collection of Her Majesty the Queen Elizabeth II

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

UN EPISODIO EXTRAÍDO DE LA VIDA DE  
MARIN MARAIS





EL ROSTRO QUE TENGO ANTE MIS OJOS es amarillo, vasto, lejano, grasiento y diríase fundido en el espacio que lo envuelve. Marin Marais, con altivez, sostiene en la mano izquierda el mástil de la viola que muestra delante de él. Voy a tratar de la muda de la voz humana, del momento en el que el timbre de la voz que articulan los hombres muy jóvenes experimenta un cambio, a la vez que su sexo se acrecienta y cae y les aparece el vello. Este ensombrecimiento de su voz es lo que los define y lo que les hace pasar del estadio de muchacho al de hombre. Los hombres son los ensombrecidos, esos seres de voz oscura que, hasta la muerte, vagan errantes en busca de una vocecita aguda de niño que abandonó su garganta. Tengo presen-

te el recuerdo de un episodio de la vida de un músico de finales del siglo XVII, justo en la edad en que se separaba de su infancia.



En las lindes de los bosques, a orillas de los lagos, se puede contemplar a las ranas de zarzal que, con la boca abierta, croan de la misma manera que los hombres hablan. Los mamíferos humanos macho son objeto de una mutación sexuada sonora. En el caso de las ranas, se llaman unas a otras por medio de su croar y se estrechan de placer con sus brazos. La llamada genital es sonora, pero la voz sexuada se convierte, de repente, en voz de bajo.



En el seno de la voz humana masculina hay una barrera que separa de la infancia; una voz de bajo que separa para siempre a los hombres del ser soprano que eran antes de

que la gran marea del lenguaje los sumergiera; algo bajo que los separa para siempre del simple poder de repetir las primeras palabras de la infancia; algo bajo y oscuro que los separa de las mujeres; una cosa repentinamente más baja en su lengua, en sus oídos, en su garganta, en su paladar y bajo sus dientes que los separa de la indestructible impronta de todo aquello que los marcó en el instante en el que vieron la luz por primera vez.



No es el loco croar de la rana macho lo que, en la orilla herbosa y encenagada de las charcas, es capaz de atraer a la hembra. De repente, la gravedad de un canto le hechiza el oído, la apresa y la cautiva, y si este croar atrae hacia el cuerpo que croa, es sólo porque indica el cambio de otra parte de ese cuerpo que croa. Esta otra parte también se hace más pesada, se oscurece y se hincha, y se vuelve más baja.



Lo que atrae a las hembras no es la visión de los genitales sino la audición de una pequeña modificación en el sonido de un canto. Este sonido es lo que ellas desean o, más aún, el secreto de este sonido. Lo que define la muda vocal es siempre doble, siempre redobla y siempre atormenta al cuerpo con una simetría oscura que el pudor intenta olvidar, y es más que una simetría, algo ya conyugal entre la laringe y el sexo. En la pubertad de los muchachos se da a la vez un doble decaimiento y un doble desarrollo de la laringe y el sexo. La laringe posee algo de instrumento de lengüeta; la presión expiratoria tiene algo de canto; el llamado esfínter glótico, en el momento más agudo de la infancia, tiene algo de labios cerrados, cuando se canta nasalmente, o mejor algo de labios de un sexo femenino infantil o extraordinariamente pudoroso.



El coito de la rana dura entre tres semanas (eyaculación precoz) y cuatro semanas. Sándor Ferenczi decía que de esta manera la rana prolonga el sueño de una regresión,

por así decirlo, ininterrumpida, en dirección a la cloaca materna. Añadía que era preciso colocar a las ranas muy por encima de nosotros en la escala de los seres, y reverenciar, como si de diosas se tratase, a estos pequeños antropoides verdes cuyo espasmo se prolonga por espacio de un mes y provoca la envidiosa admiración de los hombres.



Me detengo en las confusiones, en las imágenes poco afortunadas y en los cortocircuitos más que en pensamientos completos afianzados por un sistema premeditado que los sustenta. Que aquel que me lee tenga en todo momento presente que no me ilumina la verdad y que el ansia de decir o de pensar quizás nunca se le dobleguen por entero. Confieso algo que resulta un poco costoso de decir, a pesar de que nunca es singular. Poco representa la verdad de lo que decimos frente a la persuasión que con empeño buscamos al hablar, y esta misma persuasión, que es poco, es todavía menos si la comparamos con la repetición colmada de un viejo placer que perseguimos a

través de ella. Este placer es más antiguo que la muda; es más antiguo que las mismas palabras a las que la muda afecta, o cuya apariencia metamorfosea. Y, dado que las palabras no llevan en sí su memoria, nunca lo apresan, nunca lo conceden.